

**PISTAS PARA LA “LECTIO DIVINA” DEL EVANGELIO DEL DOMINGO**  
**Segundo de Cuaresma (Ciclo C) – 07 de marzo de 2004**

**UNA TRANSFIGURANTE EXPERIENCIA DE ORACIÓN**  
**(Lucas 9,28-36)**

*“Nadie, por tanto, tema el sufrimiento por causa de la justicia”*  
*(San León Magno)*

**Oremos**

Señor Jesús, envía tu Espíritu,  
para que Él nos ayude a ponernos a la escucha de la Palabra  
como lo hicieron estos tres personajes de la transfiguración:  
Moisés, Elías y Jesús.

Los tres fueron verdaderos oyentes de la Palabra.  
Los tres le enseñaron a Pedro y sus compañeros  
en la cima del Tabor  
cómo es que se escucha la Palabra del Padre.

Señor, con la luz de la Palabra,  
vivida en la experiencia dolorosa del pueblo  
en el desierto y luego escrita en la Biblia,  
Tú les ayudaste a descubrir la presencia de Dios  
en los acontecimientos dolorosos de tu condena y muerte.  
Así, la cruz, que parecía ser el final de toda esperanza,  
apareció para ellos como fuente de vida y resurrección.

Crea en nosotros el silencio que necesitamos  
para escuchar tu voz en la Creación y en la Escritura,  
en los acontecimientos y en las personas,  
sobre todo en los pobres y en los que sufren.

Que tu palabra nos oriente  
a fin de que también nosotros  
podamos enfrentar los conflictos que provienen  
de la opción por ti.

Que tu palabra nos oriente  
para que podamos experimentar  
lo mismo que los discípulos:  
la fuerza esperanzadora de tu resurrección  
y testimoniar a los otros que Tú estás vivo en medio de nosotros

como fuente de fraternidad, de justicia y de paz.

Te lo pedimos a Tí, Jesús, Hijo de María, que nos has revelado al Padre y enviado tu Espíritu. Amén.

### Introducción

Este segundo domingo de Cuaresma nos presenta el lado luminoso del camino de la Cruz. El combate contra el mal que nos presentó el domingo pasado, se ve ahora iluminado por el esplendor la meta del camino de Jesús.

La transfiguración nos ayuda a entrar más profundamente en el misterio de Jesús. Hay, primero, una mirada hacia atrás, ya que se trata de una confirmación de la encarnación: en ese cuerpo semejante en todo al nuestro se esconde la gloria de la divinidad. Pero también, en segundo lugar, hay una mirada hacia delante, porque es un anticipo de lo que será la “gloria” de la resurrección. Es por esto que San León Magno decía que la transfiguración de Jesús tenía como finalidad “quitar de los corazones de los discípulos el escándalo de la cruz”.

Cuando leemos el relato de los discípulos de Emaús, al final del evangelio de Lucas, vemos en la catequesis que el resucitado le ofrece a los dos peregrinos una invitación a la fe en el hecho de que el camino doloroso del Mesías culmina en la Gloria. “*¿No era necesario que el Mesías padeciera eso y entrara así en su gloria?*” (Lucas 24,26). Esta perspectiva final es la que se anticipa y analiza en el relato de la transfiguración.

Además de esto, este pasaje enseña que Jesús es el cumplimiento de la Ley (Moisés) y de los Profetas (Elías), es decir, de la revelación que Dios ha venido haciendo en la historia de las acciones salvíficas con su Pueblo.

El relato está construido con base en diálogos: el diálogo de Jesús con el Padre (se trata de una experiencia de oración), el diálogo de Jesús con Moisés y Elías, el diálogo de Pedro con Jesús y, finalmente, el diálogo de Dios Padre con todos los que están en la montaña.

El tema central del diálogo está recogido en la frase: “*hablaban de su partida, que iba a cumplir en Jerusalén*” (v.31). Todos tienen puesta la mirada en Jerusalén: allí donde terminaron las tentaciones (ver Lucas 4,9), allí donde Jesús y el diablo se han dado cita para la confrontación final (ver 22,53), precisamente allí donde los profetas han sido abatidos (ver 13,33).

Esta es, entonces, una invitación para entrar en este diálogo en el que se escruta atentamente el sentido del sufrimiento, debilidad y pobreza que salvan por el misterioso camino del “Hijo” a quien el Padre nos pide escuchar.

Leamos Lucas 9,28-36:

9,<sup>28</sup> *Sucedió que unos ocho días después de estas palabras, tomó consigo a Pedro, Juan y Santiago, y subió al monte a orar.* <sup>29</sup>*Y sucedió que, mientras oraba, el aspecto de su rostro se mudó, y sus vestidos eran de una blancura fulgurante,* <sup>30</sup>*y he aquí que conversaban con él dos hombres, que eran Moisés y Elías;* <sup>31</sup>*los cuales aparecían en gloria, y hablaban de su partida, que iba a cumplir en Jerusalén.* <sup>32</sup>*Pedro y sus compañeros estaban cargados de sueño, pero permanecían despiertos, y vieron su gloria y a los dos hombres que estaban con él.*

<sup>33</sup>*Y sucedió que, al separarse ellos de él, dijo Pedro a Jesús: «Maestro, bueno es estarnos aquí. Vamos a hacer tres tiendas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías», sin saber lo que decía.*

<sup>34</sup>*Estaba diciendo estas cosas cuando se formó una nube y los cubrió con su sombra; y al entrar en la nube, se llenaron de temor.*

<sup>35</sup>*Y vino una voz desde la nube, que decía: «Este es mi Hijo, mi Elegido; escuchadle.»*

<sup>36</sup>*Y cuando la voz hubo sonado, se encontró Jesús solo. Ellos callaron y, por aquellos días, no dijeron a nadie nada de lo que habían visto.*

## 1. Una asombrosa experiencia de oración (9,28)

*“Sucedió que unos ocho días después de estas palabras, tomó consigo a Pedro, Juan y Santiago, y subió al monte a orar”.*

*“Subió al monte a orar”.* El evangelista Lucas, quien siempre presenta a Jesús orando en los momentos cumbres de su ministerio, ambienta la escena de la transfiguración en una experiencia de oración. Al interior de relación de Jesús con su Padre hay una comunicación intensa de la cual no conocemos las palabras sino el efecto transformador que tiene en él.

Curiosamente en un relato evangélico de tan intensa comunicación entre Jesús y el Padre, Jesús y sus discípulos, Jesús y Moisés y Elías, Pedro y Jesús, el Padre y todos juntos, en ningún momento se reportan las palabras de Jesús.

Pero la mirada no se aparta en ningún instante de la persona de Jesús transfigurado. En los discípulos, en quienes nos reflejamos los lectores, predomina una actitud de atención a cada detalle y, excepto las pocas palabras desatinadas de Pedro, se nota un silencio reverente y contemplativo que se prolonga más allá de la escena (v.36: *“Ellos callaron”*).

*“Tomó consigo a Pedro, Juan y Santiago... No dijeron a nadie nada de lo que habían visto”* (v.28 y 36). La mención estricta de la presencia de los discípulos, al comienzo y al final, enmarca la escena; todo apunta a la formación de testigos que dan cuenta de *“lo que han visto”* (v.36). La parte central del relato se concentra en lo que los discípulos vieron y oyeron en la montaña.

Ellos son tomados intencionalmente por Jesús para ser asociados en el acontecimiento. El verbo griego que se traduce por *“tomar consigo”* no se refiere a una invitación simplemente para acompañarlo sino para participar. Estos:

- Son los mismos discípulos que han sido testigos del poder de la Palabra de Jesús el primer día de su vocación en el lago que no les daba peces (ver 5,10-11).
- Son los mismos que han sido testigos de su poder de la Palabra de Jesús que le retorna el espíritu a la niña muerta (ver 8,51).
- Son los mismos que, junto con toda la comunidad de discípulos, habían escuchado ocho días antes una nueva Palabra de Jesús, pero esta vez sobre su propio rechazo y sobre el seguimiento con la cruz a cuestas (ver 9,22-25); una palabra dura y difícil de aceptar, que no se sabe si tomarla en serio (ver 9,26). Dentro de poco, apenas comience la subida a Jerusalén, Santiago y Juan demostrarán que no están dispuestos a aceptar rechazos (ver 9,53-54).

Subir “*a la montaña*” es entrar a un espacio de revelación (Moisés y Elías recibieron la revelación en la “montaña”). Estos son los discípulos a quienes se les va a revelar lo más profundo del misterio de Jesús que en la segunda etapa de su formación no consiguen comprender. Ahora son invitados a captarlo participando de esta oración transfiguradora de Jesús.

## 2. Los discípulos y la visión de la gloria de Jesús y de los profetas sufrientes (9,29-32)

*“<sup>29</sup>Y sucedió que, mientras oraba, el aspecto de su rostro se mudó, y sus vestidos eran de una blancura fulgurante, <sup>30</sup>y he aquí que conversaban con él dos hombres, que eran Moisés y Elías; <sup>31</sup>los cuales aparecían en gloria, y hablaban de su partida, que iba a cumplir en Jerusalén. <sup>32</sup>Pedro y sus compañeros estaban cargados de sueño, pero permanecían despiertos, y vieron su gloria y a los dos hombres que estaban con él”.*

Todo lo que sucede en la montaña es observado desde el ángulo de los discípulos: “*vieron su gloria y a los hombres que estaban con él*” (v.32).

Los discípulos ven lo que sucede al interior de la oración de Jesús (“*mientras oraba...*”, v.29<sup>a</sup>):

- (1) Un cambio (a) en el rostro y (b) en los vestidos de Jesús (v.29b).
- (2) Dos personas que hablan con Jesús (vv.30-31). En primer lugar se hace la presentación de ellos: (a) “*Dos varones*”, (b) “*que eran Moisés y Elías*” y (c) “*aparecían en gloria*” (v.30-31<sup>a</sup>). En segundo lugar se presenta el tema de la conversación con Jesús: “*su partida que iba a cumplir en Jerusalén*” (v.31b).

### *Una oración transformante*

El evangelista deja entender que el cambio en el aspecto de Jesús es obra de Dios (literalmente: “*él fue transformado*”). El hecho nos remite a lo que sucedió en la experiencia de oración de Moisés en el Monte Sinaí: “*Su rostro se había vuelto radiante, por haber hablado con él (Yahveh)*” (Éxodo 34,29; a lo mismo se refiere Pablo en 2<sup>a</sup>Corintios 3,7.13).

Sin embargo, a diferencia de Moisés, la luz de Jesús no viene del exterior sino desde dentro. Jesús brilla con luz propia, no con luz refleja.

Lucas dice explícitamente que el “*aspecto*” externo del rostro de Jesús cambió (v.29b), pero luego completa la descripción anotando que se trata de una manifestación de la “*gloria*” de Jesús (v.32b). La “*gloria*” en este evangelio es la marca distintiva del mundo de la divinidad (ver Lc 2,8) y referencia a la majestad del Hijo del hombre en la plenitud del Reino de Dios (ver 9,26 y 22,27), punto culminante de su camino.

### ***La presencia de Moisés y Elías***

Al decir que también Moisés y Elías “*aparecían en gloria*” (o sea, procedentes del cielo), así como Jesús, el cuadro queda completo. Ellos, como los “*dos varones*” de vestidos resplandecientes que intervienen dando explicaciones de parte del Dios al comienzo y al final de los eventos pascuales (ver Lucas 24,4 y Hechos 1,10), son testigos que dan cuenta cómo Dios obra -con una lógica particular- en medio de aparente absurdo de los acontecimientos, al mismo tiempo –puesto que alcanzaron la gloria- remiten a su sentido pleno.

Y son testigos de ello porque lo vivieron en carne propia: tanto Moisés como Elías fueron profetas rechazados, su misión casi les costó la vida. Fueron servidores de los caminos de Dios aún en medio de la testarudez de un pueblo que en más de una ocasión se vino en contra ellos; pero su sufrimiento valió la pena: su camino entero ahora es modelo de la gloria que emerge de dentro del dolor cuando éste es vivido en función de los demás, rompiéndose interiormente al servicio de la obra salvífica de Dios en el mundo. Ellos mismos ahora, “*en gloria*”, pueden dar testimonio de que efectivamente por ese camino se llega a la plenitud de la vida.

### ***Una comprensión del camino de la pasión y muerte de Jesús***

El tema de conversación Moisés y Elías con Jesús es “*la partida que iba a cumplir en Jerusalén*” (v.31b). La frase apunta en primer lugar a su “*salida*” hacia el Padre, es decir su ascensión (ver Lc 9,51; 24,51 y Hch 1,9), la cual se realiza a partir de su pasión y muerte.

Pero llama la atención que en el texto griego se diga literalmente “*el éxodo*”. Si esta palabra se relee junto con el verbo “*cumplir*” (que en realidad es “*llevar a plenitud*”) notamos que la muerte de Jesús está siendo interpretada como la realización plena del camino salvífico de Dios con su pueblo, cuyo primer paradigma fue la “*salida*” liberadora del pueblo de Israel de su opresión en Egipto. Detrás de todo están las antiguas promesas bíblicas: Jesús es el cumplimiento de estas esperanzas, la encarnación de las fieles promesas de Dios a su pueblo.

El movimiento de “*salida*” de Jesús a través de la Pasión es fuerte. Contemplándola bajo este prisma, no se puede dejar de notar que su pasión es una “*salida*” total de sí mismo en un amor que perdona. En la cruz Jesús se rompe completamente por los demás (interior y

exteriormente), yendo más lejos que Moisés y Elías. Por tanto, la suya no es una muerte como tantas otras. Su “salida” hacia el Padre, por medio de la Pasión, será en adelante el punto de referencia definitivo de toda experiencia pascual y de todo camino humano.

Esto lleva a entender que el sufrimiento y la muerte de Jesús no son un absurdo sino un “*paso*” necesario (“*El Hijo del hombre debe sufrir mucho...*”; 9,22). No es solo la oposición mortal de los adversarios sino ante todo la fidelidad a la voluntad de Dios lo que conducirá a la “necesidad” de la Cruz. Es así como el fatídico viaje de Jesús hacia Jerusalén permanece como un símbolo memorable de su consagración total al querer del Dios en quien se abandona absolutamente, con una confianza total, en cuanto “Hijo” suyo.

En consecuencia, al contemplar la Cruz de Cristo no hay que quedarse únicamente con el aspecto oscuro del sufrimiento, sea visto como gran tragedia o sea como algo que simplemente se soporta: misteriosamente, ella realizó la vocación del Mesías revelada poco a poco en las Escrituras y en el destino de los profetas y por eso es, en última instancia, un “cumplimiento”.

### ***El sueño: ¿Están los discípulos en condiciones para acompañarlo?***

El evangelista hace una anotación: “*Pedro y sus compañeros estaban cargados de sueño, pero permanecían despiertos*” (v.32). La sensación de sueño que tienen Pedro y sus compañeros, que nos reenvía al sueño de los discípulos durante la oración y agonía de Jesús del Getsemaní (ver 22,45-46), describe la dificultad para acompañar a Jesús en su camino hasta las últimas consecuencias. Aunque “ven” la gloria de Jesús hay una pesadez interna que no les permite ponerse a la altura de los acontecimientos.

La situación descrita no es negativa sino ante todo el señalamiento del punto de partida del bellísimo itinerario pedagógico que conducirá Jesús con ellos hasta cuando les abra los ojos a la revelación total en el día pascual (como le sucede a los discípulos de Emaús: 24,16.31).

De esta forma, entre este momento de la transfiguración y el de la apertura de los ojos ante el Jesús glorioso pascual, el evangelio traza un arco que tensiona el proceso de maduración espiritual de los discípulos, despejando poco a poco el escándalo de la cruz y revelando el sentido que los llenará de alegría total.

### **3. La audición de la voz del Padre en la nube (9,33-35)**

<sup>33</sup>*Y sucedió que, al separarse ellos de él, dijo Pedro a Jesús: «Maestro, bueno es estarnos aquí. Vamos a hacer tres tiendas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías», sin saber lo que decía.*

<sup>34</sup>*Estaba diciendo estas cosas cuando se formó una nube y los cubrió con su sombra; y al entrar en la nube, se llenaron de temor.*

<sup>35</sup>*Y vino una voz desde la nube, que decía: «Este es mi Hijo, mi Elegido; escuchadle.»*

Que los discípulos no consiguen colocarse a la altura de la situación y que, por lo tanto, necesitarán ser conducidos en un nuevo itinerario, lo demuestran la torpeza de Pedro quien hablaba “*sin saber lo que decía*” (v.33c). Pero sobre las desatinadas palabras de Pedro se impone la palabra reveladora y exhortadora del Padre.

### ***La propuesta de Pedro***

Pedro hace una propuesta justo en el momento en que Moisés y Elías se están yendo. Su intención es prolongar la deliciosa experiencia.

Probablemente Pedro está suponiendo que ya llegaron a la meta y que, en consecuencia, habría que erigir en la tierra unas tiendas (habitaciones) similares a las del cielo, de manera que los tres, ya en el ámbito de la divinidad, puedan prolongar su estadía gloriosa en la tierra. Pero resulta que él no se ha dado cuenta de que la gloria todavía no ha llegado definitivamente, que hay que acompañar hasta el final el “cumplimiento” del “éxodo” de Jesús en Jerusalén. Una prueba más de la incapacidad de los discípulos para entender por sí mismos el camino de sufrimiento del Maestro que culminará en la gloria.

### ***La propuesta de Dios Padre***

La formación de la nube que “*los cubrió con su sombra*” (v.34b; expresión que nos remite a la escena de la anunciación de María: Lc 1,35), evoca la divina presencia que llenó con su gloria la tienda del encuentro (la “shekiná”, ver Éxodo 40,29), la misma gloria de Yahveh que cubrió la santa montaña y en la cual entró Moisés, como dice Ex 24,15-18: “*La nube cubrió el monte; la gloria de Yahveh descansó sobre el monte Sinaí... Moisés entró dentro de la nube y subió al monte*”.

Con esto se están señalando dos cosas:

- (1) No hay necesidad de la tienda que Pedro quiere hacer, porque Dios mismo es quien la hace al cubrir con la nube la montaña.
- (2) Es el Padre, en última instancia, quien conduce a la gloria y quien invita ahora a los discípulos a entrar también en ella. Recordemos que la transfiguración de Jesús es obra de Él.

“*Al entrar en la nube, se llenaron de temor*” (v.34c). Hay un momento de silencio reverencial, de apertura al misterio.

Entonces aparece un nuevo elemento de la manifestación de Dios: “*Vino una voz desde la nube, que decía: ‘Este es mi Hijo, mi Elegido; escuchadle*” (v.35). Los términos nos recuerdan la escena del bautismo de Jesús (ver Lc 3,21-22). Pero notemos que las palabras no están dirigidas a Jesús sino a los discípulos indicándoles:

- (1) Que Jesús es el “*Hijo*”, el “*Elegido*” (título característico del Mesías; ver Isaías 42,1).
- (2) Que a Jesús hay que “*escucharlo*”. En Deuteronomio 18,15-18 se habla de un profeta como Moisés, enviado como profeta definitivo, a quien hay que “escuchar” (ver también

Hechos 3,22 y 7,37). Pero Jesús es más que este profeta, es el “Hijo” por medio del cual se da a conocer a sí mismo y realiza el camino de la salvación.

En medio de todo emerge también una experiencia maravillosa de gozo. Como dice un escritor cristiano: “Jesús, en aquel día, estuvo feliz, entró en éxtasis. ‘Este es mi Hijo, mi Elegido; escuchadlo’”: el gozo del abrazo trinitario se nota en Jesús, aún como hombre. La nube luminosa que envuelve el monte ha sido siempre interpretada como símbolo del Espíritu Santo que representa, en la Trinidad, ‘el gozo del don’” (R.Cantalamesa, a propósito del icono bizantino de la Transfiguración).

El imperativo “*¡escuchadle!*” queda resonando en los oídos como la lección más importante del evento de la transfiguración para los discípulos espectadores.

#### **4. Silencio contemplativo que se extiende hasta la Cruz (9,36)**

*“<sup>36</sup>Y cuando la voz hubo sonado, se encontró Jesús solo. Ellos callaron y, por aquellos días, no dijeron a nadie nada de lo que habían visto”.*

En el final de la transfiguración no hay transiciones. De repente Jesús queda solo (v.36<sup>a</sup>). La última mirada de la escena se detiene en el Jesús cotidiano del evangelio quien sigue impávido de amor y de rechazo hacia el cruel destino. Ahora vuelve a aparecer, enorme, la sombra de la cruz.

Se anota finalmente que los discípulos guardan silencio sobre el acontecimiento (v.36b) y que dicho silencio se extiende “*por aquellos días*”, esto es, hasta el fin del ministerio terreno de Jesús.

Desde la transfiguración se abre un nuevo espacio formativo para los discípulos. La proclamación no podrá hacerse hasta que no hayan llegado al “cumplimiento del éxodo” que está a punto de realizarse Jerusalén, entonces el sí podrán anunciar “*lo que habían visto*”, en calidad de testigos enviados con la fuerza del Espíritu (ver Lc 24,48-49). Por lo pronto su primera tarea es dejarse instruir, tratando de captar mental y vitalmente el misterio, permaneciendo siempre a la escucha del Maestro.

### **5. Releamos el Evangelio**

#### **5.1. La Transfiguración: una reflexión sobre el “cuerpo”**

(Me permito transcribir estas anotaciones del P.Rainiero Cantalamessa, que me parecieron oportunas e interesantes)

*También la Transfiguración es un misterio “para nosotros”, nos toca de cerca. San Pablo, en la carta a los Filipenses, dice que el Señor “transfigurará nuestro mísero cuerpo para conformarlo a su cuerpo glorioso” (3,21). El Tabor es una ventana abierta sobre nuestro futuro; nos asegura que la opacidad de nuestro cuerpo también se transformará un día en esa luz; pero hay también un reflector apuntando a nuestro presente; saca a la luz lo que*



*ya, ahora, es nuestro cuerpo, más allá de sus miserables apariencias: el templo del Espíritu Santo.*

*La transfiguración, como se puede ver, es la mejor ocasión para reflexionar sobre el “hermano cuerpo”, como lo llamaba san Francisco de Asís. El cuerpo no es para la Biblia un apéndice del ser humano; es parte integrante. El hombre no tiene un cuerpo, es cuerpo, creado por Dios, asumido por el Verbo en la Encarnación y santificado por el Espíritu en el Bautismo. El hombre bíblico permanece encantado frente al esplendor del cuerpo: “Has hecho de mí un prodigio. Tu me has tejido en el seno de mi madre. Son estupendas tus obras” (Salmo 139,14.13). El cuerpo está destinado a compartir eternamente la gloria del alma. “Cuerpo y alma, o serán dos manos juntas en eterna adoración, o dos pulsos maniatados por una cautividad eterna” (C.Péguy). El cristianismo predica la salvación del cuerpo, no el liberarse del cuerpo, como hacían, en la antigüedad, las religiones maniqueas y gnósticas y como hacen todavía hoy algunas religiones orientales.*

*En este sentido, la Transfiguración tiene un mensaje particular para los jóvenes. San Pablo le recomendaba a los primeros cristianos: “Glorificad a Dios en vuestro cuerpo” (1 Corintios 6,20). Se glorifica a Dios con el propio cuerpo cuando se hace de él un don de amor y un medio de diálogo con el otro, en el matrimonio. Glorifica a Dios con su propio cuerpo quien, como los religiosos, hace de sí un don sin intermediarios y un “sacrificio viviente” a Dios, al servicio de los hermanos. Se glorifica a Dios con el cuerpo incluso con el arte, con el trabajo y todas las actividades humanas que pasan a través del cuerpo.*

*¿Qué se le puede decir a quien sufre, a quien debe asistir a la “desfiguración” del propio cuerpo o del de una persona querida? Quizás el mensaje más consolador es para ellos: “Él transfigurará nuestro cuerpo miserable para conformarlo a su cuerpo glorioso”. Serán rescatados los cuerpos humillados en la enfermedad y en la muerte. Incluso Jesús, dentro de poco, será “desfigurado” en la pasión, pero resucitará con un cuerpo glorioso, del cual, nos dice la fe, tomaremos parte.*

## **5.2. En la voz de los Padres de la Iglesia**

Leamos hoy la bellísima página que nos ofrece la Liturgia de las Horas de la Iglesia, tomada de San León Magno:

*“Sin duda esta transfiguración tenía sobre todo la finalidad de quitar del corazón de los discípulos el escándalo de la cruz, a fin de que la humillación de la pasión voluntariamente aceptada no perturbara la fe de aquellos a quienes había sido revelada la excelencia de la dignidad oculta.*

*Mas, con igual providencia, daba al mismo tiempo un fundamento a la esperanza de la Iglesia, ya que todo el cuerpo de Cristo pudo conocer la transformación con que él también sería enriquecido, y todos sus miembros cobraron la esperanza de participar en el honor que había resplandecido en la cabeza (...).*

*Que la proclamación del santo Evangelio sirva, pues, para fortalecer la fe de todos, y que nadie se avergüence de la cruz de Cristo, por la que el mundo ha sido redimido.*

*Nadie, por tanto, tema el sufrimiento por causa de la justicia, nadie dude que recibirá la recompensa prometida, ya que a través del esfuerzo es como se llega al reposo y a través de la muerte a la vida; el Señor ha asumido toda la debilidad propia de nuestra pobre condición, y, si nosotros perseveramos en su confesión y en su amor, vencemos lo que él ha vencido y recibimos lo que ha prometido.*

*Ya se trate, en efecto, de cumplir sus mandamientos o de soportar la adversidad, debe resonar siempre en nuestros oídos la voz del Padre que se dejó oír desde el cielo: 'Éste es mi Hijo muy amado, en quien tengo mis complacencias, escuchadlo'.*"

(San León Magno, Del Sermón 38 [51])

## **6. Para cultivar la semilla de la Palabra en el corazón:**

- 6.1. ¿Qué relación tiene la transfiguración con la experiencia de oración de Jesús?
- 6.2. ¿Cómo se comprende la vida y la misión de Jesús a partir del diálogo que sostiene con Moisés y Elías?
- 6.3. Observe todos los verbos relacionados con los discípulos: ¿Qué hacen los discípulos a lo largo de este relato? ¿Qué me enseñan?
- 6.4. Vivimos y somos testigos de muchas experiencias de sufrimiento a las que no les vemos sentido. ¿Qué me dice la frase: la gloria emerge desde dentro del sufrimiento cuando éste es vivido en sintonía con la cruz, esto es, en función de los demás?
- 6.5. ¿Cómo voy a poner en práctica durante esta cuaresma el mandato de Dios Padre: "Escuchad" a mi Hijo?

**“¡Su rostro haga brillar sobre nosotros!”  
(Salmo 67,2)**

P.Fidel Oñoro, cjm  
Instituto Bíblico Pastoral Latinoamericano  
Chile, Marzo 2004